

COLECCIÓN
HOJAS FUERA DE RUTA

Dirección
Prof. Alejandro BILBAO

TÍTULOS APARECIDOS

Marc Augé
CINCO CONFERENCIAS
SOBRE ANTROPOLOGÍA Y GLOBALIZACIÓN:
“Las conferencias del Sur”

Alejandro Bilbao
CREACIÓN, IDENTIDAD Y MUNDO
EN LOS ESTADOS DE LA GLOBALIZACIÓN
-Campo Psíquico y Lazo Social-

Alejandro Bilbao / Patrice Vermeren
POLÍTICA, FICCIÓN, SUBJETIVACIÓN:
FIGURAS DE LO HUMANO

Alejandro Bilbao / Ignacio Morlans
DUELO, PÉRDIDA Y SEPARACIÓN:
FIGURAS DEL SUFRIMIENTO HUMANO

EL PSICOANÁLISIS Y LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA

Bajo la dirección de
Alejandro BILBAO

“La publicación de este libro contó con el apoyo financiero del
Programa de Doctorado en Psicoanálisis de la Universidad Andrés Bello”

PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOANÁLISIS

EL PSICOANÁLISIS Y LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA

Compilador:

Alejandro Bilbao

Corrector, editor y responsable del establecimiento del texto:

Felipe Henríquez Ruz

Equipo de traducción:

Nelson Beyer
Alejandro Bilbao
Niklas Bornhauser

Supervisión y coordinación general:

Alejandro Bilbao
Felipe Henríquez Ruz

Inscripción N° 263.089

ISBN: 978-956-17-0673-6

Derechos Reservados

Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Doce de Febrero 187 - Casilla Postal 1415 - Valparaíso - Chile
Fono (32) 227 30 87 - Fax (32) 227 34 29 - E-mail: euvsa@ucv.cl
www.ucv.cl

Imprenta Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

Marzo de 2016

EL PSICOANÁLISIS
Y LOS FUNDAMENTOS
DE LA CULTURA



ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

- ❖ Alejandro Bilbao 9

CAPÍTULO I

LA FIGURA DE LOS FUNDAMENTOS; FICCIONES, PARADOJAS Y METÁFORAS FREUDIANAS EN LA CONSTITUCIÓN DEL LAZO SOCIAL

- ❖ Alejandro Bilbao
“De la ficción del padre al sexo hecho ficción: el psicoanálisis en los fundamentos de la cultura” 15
- ❖ José Cabrera
“Del fundamento pulsional traumático de la ley al testimonio: entre repetición y reelaboración” 35
- ❖ Bertrand Ogilvie
“Freud y el nombre del Otro. Un Moisés de más” 63
- ❖ August Ruhs
“Hombre y estructura” 79

CAPÍTULO II

EL ORDEN FREUDIANO EN LA DISPOSICIÓN SOCIAL; LA LITERATURA Y LA FILOSOFÍA EN EL HORIZONTE DE LA PRODUCCIÓN CULTURAL

| | |
|---|-----|
| ❖ Bernardo Cabezas y Sergio Witto “«Hamlet en apuros»: montaje y procrastinación en el horizonte de la cultura” | 101 |
| ❖ Sonia Alberti “ <i>Ex nihilo</i> ” | 123 |
| ❖ Peter Widmer: “La significación cultural de « <i>Kant avec Sade</i> »” | 141 |
| BIBLIOGRAFÍA GENERAL | 169 |
| SOBRE LOS AUTORES | 181 |

INTRODUCCIÓN

“El psicoanálisis y los fundamentos de la cultura”. La escritura de esta sentencia guarda en un análisis de primer orden, un tono aporético y paradójico cuando es situado en relación a lo que el psicoanálisis esboza en lo que respecta a la organización de los motivos culturales. La expresión pareciera encontrarse en las antípodas de lo que para Freud es importante considerar al momento de reflexionar sobre los cimientos de los lazos sociales.

Para el psicoanálisis, la expresión “fundamentos de la cultura”, podría evidentemente enunciar dos regiones bien delimitadas de análisis en lo relativo a la organización de la comunidad humana. Una de ellas, aproxima un juicio sobre la existencia real y positiva de estos fundamentos, situación que se ve reflejada en el tipo de organización afectiva y representacional que comprenden las doctrinas religiosas. El sistema de las representaciones religiosas, así como el espacio que éste ocupa al interior del orden social, es considerado de este modo por Freud, como una de las formas en que el devenir de las colectividades puede ser entendido, tanto en el nivel de su cohesión como en el de su preservación. La religión brinda a Freud la posibilidad efectiva de comprender la constitución de las ilusiones colectivas, el modo en que ellas participan de la generación de ideales y porvenires. Para pensar el sentido de las comunidades, las representaciones religiosas se convierten en una piedra angular de análisis, permitiendo un saber referido a los fenómenos del sometimiento y de la dominación. Ambos fenómenos, no exclusivamente supeditados a la religión (por cuanto pueden ser convocados por figuras políticas totalizadoras bien deslindadas), son estipulados por Freud como un tipo de deriva del desamparo psíquico movilizado por las figuras del origen fraticida.

Los sistemas políticos totalitarios vistos durante el devenir del siglo XX y en los comienzos del siglo en curso, confluyen en un vínculo de suposiciones que aúnan los idearios políticos al sentido de las relevaciones religiosas. La positividad de los fundamentos se ve convocada bajo la apelación a figuras de orden y sostén de variada, pero constante, unicidad. Unicidad convocada en las figuras del genio étnico, político o religioso. Esta positividad real de los fundamentos del orden social, esboza sin duda algo de actualidad para pensar el lazo social de este siglo.

Pero el problema de los fundamentos abre aun otra deriva de análisis al interior de los postulados freudianos. Esta deriva es la deriva negativa; concierne al duelo que el trabajo del pensar inserta para contravenir, al menos en parte, el ejercicio de la dominación y del sometimiento. Es lo que Freud intenta teorizar en lo relativo a la función de la *ratio*. Trabajada en 1927, en *El Porvenir de una ilusión*, esta noción fue rápidamente entendida como la oposición del pensar frente a las doctrinas que soportan un menoscabo para la vida en todas sus expresiones. Empero, los análisis más tardíos de *El malestar en la cultura*, evidencian las precauciones a considerar al respecto. Podría sin duda mencionarse que la deriva conceptual relativa al trabajo del pensar, esboza límites y restricciones de relevancia para el pensamiento freudiano. No se trata en exclusividad de suplir las doctrinas del porvenir ilusorio por la acción del pensamiento. El pensar ordena, para Freud, otro orden de razones, constituye el afuera del sometimiento, el duelo necesario a realizar para el estado de desamparo antes mencionado a propósito de las doctrinas reales y positivas. Pero, precisamente, ¿de qué duelo se trata? En principio, de un duelo que insiste en la veta negativa del desamparo y el malestar, procedimiento que los consagra a ambos en el motivo de un pensar vuelto sobre sus propias condiciones de figuración. El repliegue del afuera que el pensar constituye para la existencia de los fundamentos positivos y reales, es también, en Freud, la vuelta de la muerte a los hombres, la consideración de que junto a Eros yace otra fuerza igualmente organizadora de la vida, como es la pulsión de muerte.

Freud compele, de este modo, a observar que los fundamentos de la comunidad humana, los cimientos de su preservación, se encuentran arraigados en principios fundamentalmente negativos. La manifestación de la pulsión de muerte en la vida, no es un elemento externo a las condiciones de existencia de la vida; es otro de los modos de presencia de la vida humana, sobre la cual el pensar trabaja de manera permanente para diferir sistemáticamente sus alcances. El caso es que para esta acción de diferimiento no existen fundamentos posibles que lo inserten debidamente en el curso rector de la

historia de las creaciones humanas. Los fundamentos de la comunidad humana son efectivamente para Freud, negativos e inexistentes. Es sobre este fondo negativo que el pensar como proceso de duelo, brega incesantemente por la invención histórica de esos diferimientos. Si la función simbólica del pensar constituye uno de los escenarios posibles de la vida humana, éste yace como la formulación de las diferencias que se abren frente a la existencia de un real siempre inabordable.

A los efectos de pensar esta escritura de los orígenes, de los fundamentos, la presente obra organiza el cuerpo de estos problemas en dos grandes apartados. El primero de ellos, ordena un cierto campo de reflexión para los problemas vinculados a la figuración que el psicoanálisis realiza sobre los fundamentos de la cultura, sobre sus ficciones, metáforas y paradojas. El segundo apartado considera el orden de razones esgrimido por Freud para pensar la disposición del orden social. Esta veta de análisis toma a la filosofía y a la literatura como ejemplificaciones de las hojas de ruta esenciales a los efectos de estos debates y problemas.

Alejandro BILBAO

CAPÍTULO I

**LA FIGURA DE LOS FUNDAMENTOS;
FICCIONES, PARADOJAS Y METÁFORAS
FREUDIANAS EN LA CONSTITUCIÓN DEL
LAZO SOCIAL**

Alejandro BILBAO

José CABRERA

Bertrand OGILVIE

August RUHS



DE LA FICCIÓN DEL PADRE AL SEXO HECHO FICCIÓN: EL PSICOANÁLISIS EN LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA¹

ALEJANDRO BILBAO

«Le désir de la mère ou de la sœur, le meurtre du père et le repentir du fils, ne correspondent sans doute à aucun fait ou ensemble de faits occupant dans la histoire une place donnée. Mais ils traduisent, peut être sous une forme symbolique, un rêve à la fois durable et ancien».

C. Lévi-Strauss, *Les structures élémentaires de la parenté* (1949).

Doce años después de la publicación de *Tótem y Tabú*, en 1925,² Freud retoma algunas ideas relativas al asesinato del líder de la horda primordial, destacando los alcances anímicos de este acontecimiento en la consideración de los orígenes de las formaciones culturales. Se trata de un asunto copiosamente desarrollado en el último de los ensayos de *Tótem y tabú* escrito en 1913,³ conduciendo a Freud a amparar la elaboración relativa a los orígenes de la civilización como un fragmento de teoría relativa a la historia primitiva de la familia humana. Es así como un año antes de 1925, en una carta dirigida a K. Abraham, Freud expresa lo esencial de esta teoría:

Frente al retorno fantasmático al seno materno se oponen los obstáculos que suscita la angustia, la barrera del incesto; ¿de dónde viene ésta? Su representante es manifiestamente el padre, la realidad, la autoridad que no permiten el incesto. ¿Por qué estos últimos han creado la barrera del

¹ Esta investigación se enmarca al interior del proyecto Núcleo “*Acciones colectivas en Chile*”, Universidad Andrés Bello, Santiago-Chile.

² Freud, S. (1925 [1924]). “Presentación autobiográfica”, en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. XX (1925-1926), Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.

³ Freud, S. (1913 [1912-13]). “El retorno del totemismo en la infancia”, en *Tótem y tabú*, en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. XIII (1913-1914), Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.

incesto? Mi interpretación fue de orden socio-histórico, filogenético. Hice derivar la barrera del incesto de la historia primitiva de la familia humana viendo así en el padre actual el obstáculo real.⁴

La posición del padre actual como un obstáculo real frente a las tendencias de tipo incestuoso posee, sin embargo, su prehistoria: una historia interpretativa, construida a partir de elementos socio-históricos y especulativos. Especulaciones socio-históricas que en gran parte aúnan criterios metapsicológicos con la deriva mítica que el psicoanálisis construye sobre el padre. En el marco de esta exposición socio-histórica, la institución de ese tipo de padre, de aquel que actúa como un obstáculo real, es ya la injerencia al interior de la teoría del lazo objetal edípico al padre. Su posición de barrera, de impedimento frente a las tendencias de tipo incestuoso, genera empero alcances de una repercusión más vasta al interior de los postulados freudianos concernientes al Edipo. Uno de estos alcances es el modo en como adviene y progresa el proceso de subjetivación de lo anímico una vez que este proceso es puesto en relación con la vida pulsional y las reclamaciones culturales. En lo relativo a esta vinculación, Freud ubica en un primer plano de análisis a la presencia de este padre real con el trabajo que anímicamente cumple la identificación en un dominio que excede la lógica edípica. Entre los presupuestos relativos al padre y la identificación, Freud desarrolla una singular elaboración referida a la función-sujeto, función que considera un tiempo anterior y paradójico para el actuar del padre como función de interdicción. En 1921, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, se observa el lugar anterior asignado al padre como motivo de las operaciones del yo anteriores al Edipo.

Se trata del padre entendido como figura “primera” e “ideal” de la identificación, expresión fundante del lazo afectivo al semejante. El padre considerado como un modelo y un *sujeto* para el yo.⁵ La identificación aspira en consecuencia a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado esta vez como modelo. La temporalidad paradójica de este tipo de identificación previa al Edipo, transita en una continuidad temática con los mitos del padre que el psicoanálisis construye, siendo la expresión originaria del lazo afectivo a otra persona. Sus alcances también se observan en lo

⁴ Freud, S. y Abraham, K. (2006). *Correspondance*, Paris, Gallimard, 2006. Carta del 15 de febrero de 1924.

⁵ Freud, S. (1921). “La identificación”, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. XVIII (1920-1922), Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.

relativo a las inclinaciones pulsionales; la identificación se torna en el operador conceptual que media entre la vida pulsional y la cultura.

En esta temporalidad paradójica, pero también primera, del padre, se encuentra la articulación posterior que la lógica del Edipo faculta para las intrincaciones entre las tendencias pulsionales y las prescripciones de carácter cultural. Es por el fenómeno de la identificación que la escritura del asesinato muestra que las tendencias pulsionales más arcaicas se “historizan” en el orden social que inaugura la presencia del semejante. La forma que posee la identificación de historizar la deriva pulsional, es inscribiendo los alcances del asesinato del padre en una sexualidad que se conjuga acorde a los ritmos culturales de los ideales, de las prescripciones y de las prohibiciones. Nódulos culturales de la historia que permiten el fenómeno de la transmisión entre generaciones, pero que también median en alcances para la organización dinámica del espacio social. Empero, para que exista una sexualidad que pueda ser ordenada acorde a los intereses de la cultura, es necesario visualizar lo que la escena del asesinato realiza en otros planos con el sexo. Un primer alcance de las prescripciones y prohibiciones que gravitan en torno del sexo, es que el sexo debe obedecer a un sistema de orden que determine el tipo de conductas admitidas en lo referido a su satisfacción. La problemática del incesto moviliza de este modo una función fuertemente prescriptiva, que fuerza al intercambio. Aun si Freud destaca la deriva negativa de las prohibiciones que recaen sobre el sexo como consecuencia de las condiciones de habitación forzadas por la habitación en hordas, la extensión de estos postulados concreta un orden social considerado en la vía de las prescripciones antes que de las prohibiciones.

Sólo bajo los enunciados de ese mandato es que el sexo puede expresarse como sexualidad. Uno de los alcances mayores del asesinato del padre de la horda primordial avanza en esta dirección, mostrando que el sexo requiere de acciones sacrificiales en su funcionamiento. El psicoanálisis puede enunciar de este modo, que el orden histórico-social es también un orden sexual y sacrificial.

Si las acciones sacrificiales instauradas por la cultura escinden el sexo en sexualidad (con la creación de las diferencias de género y las relaciones de parentesco), son estas mismas acciones las que historizan la función pulsional al interior de los relatos dados para la comprensión del vivir comunitario.

Es así como la vertiente de la ambivalencia de sentimientos abierta por la identi-

ficación al padre asesinado de la horda, puede escribirse como un acontecer histórico y evolutivo. Escritura que hace del amor y del odio, los nombres de la ética y de la moral. La identificación historiza la vida pulsional pero desgarrando esa historia de la conformación de un tiempo único. La vida pulsional escribe su historia por un proceder negativo, sacrificial, que define las distancias entre la verdad material y la verdad histórico-conjetural. Es así como Freud define la progresión en el tiempo y en la historia de las representaciones que construyen dinámicamente el psiquismo de las colectividades. Es el tono psíquico de los supuestos que se desprenden de la escena del asesinato, el que distancia la especulación histórico-evolutiva de Freud con motivaciones de índole sociológica o antropológica. Las tesis referidas a este progreso son establecidas desde los hallazgos de la psicopatología, y en consecuencia, obedecen al curso rector de la metapsicología de los procesos inconscientes.

Ya sea del padre que opera en la ontogenia de la organización psíquica y efectiva del niño, o en el tratamiento dado a la figura del padre muerto en el texto de *Tótem y tabú*, o de las puntualizaciones que sobre este episodio se esgrimen en el escrito sobre *Moisés*, la verdad emerge siempre anudada a procedimientos mnémicos arraigados en el ejercicio de la represión. En lo que concierne al funcionamiento psíquico, la represión instauro efectos de “velo” que no solamente actúan en la articulación de la verdad histórica del asesinato con el curso rector de la verdad histórico-conjetural, ella cumple con organizar funciones sacrificiales de distinto orden. Una de esas acciones de sacrificio es la que se cumple en la función sexual, la cual es forzada a supeditarse al uso culturalmente aceptado de la sexualidad.

A partir de esta dimensión sacrificial de la represión, se anudan los tránsitos históricos de las colectividades, y en gran medida, se fundan los vínculos entre la verdad conjetural y la creación de las ilusiones y los porvenires. Entre la identificación y el sacrificio de la sexualidad operado por la represión, se ordenan las piezas mayores de un movimiento metapsicológico que puede en consecuencia explicitar los fenómenos de la latencia, de la memoria, de la rememoración y del olvido.

En 1913, es este mismo fondo metapsicológico el que se torna central en la consideración de las elaboraciones antropológicas de comienzos del siglo XX. Las tesis freudianas de *Tótem y tabú* lo destacan profusamente al equiparar la búsqueda por los

orígenes de la descendencia totémica, la motivación a la exogamia y el tabú del incesto que ella subroga, con las necesidades ante todo anímicas que se ven allí expresadas⁶.

Freud se inclina de este modo a visualizar en el pensamiento nativo el testimonio histórico de la compleja realidad que las dimensiones de la ética, de la moral, de la sexualidad y de la religión suponen para dar cabida a una explicación sobre los orígenes de la civilización. Dar con los aspectos originarios de todas estas formaciones culturales implica establecer la razón histórica de las complicadas formas de organización social que las sociedades modernas expresan.

Entre un anhelo de cientificidad, pero también de modernidad, Freud construye la figura fictiva de este asesinato, inicialmente conjeturado como una escena real, pieza y fragmento de una verdad histórica inteligible mediante el proceder de una deducción histórico-conjetural. Historia que infiere, en todo momento, la acción de procesos refractarios a su rememoración. En 1925, el marco de esta figuración es calificado de hipótesis, de visión, de conjetura⁷, sin poder determinarse en principio, el ámbito estricto en que esta evocación es considerada. Lo refractario de la evocación no es consecuencia de la carencia ficcional (*fictio*) con la cual el modelo trabaja en su esfuerzo de volver representable los orígenes, es necesario comprender que el asesinato del padre es concebido como uno de los nombres de la represión, adecuándose en consecuencia a los alcances metapsicológicos de este supuesto. En la consideración de este aspecto es que la escena del origen organiza el carácter estructural de la represión. La evocación del acto y sus consecuencias sobre el transcurrir narrativo de la civilización, refuerza la disparidad entre el orden del tiempo entendido como χρόνος y el por fuera del tiempo del *zeitlos* que admite una escena escritural siempre negativa.

Entre la evocación del acto como conjetura y la narración posterior de sus efectos en el plano de la ética, de la moral y de la instauración de las reglas de derecho, se traza un tiempo narrativo y un espacio vivencial que trabajan acorde a los ritmos de una memoria que opera por relictos. La verdad histórico-vivencial es la que toma el relevo de la explicitación de estos relictos, considerados a partir de una impronta metapsicológica. Es desde esta impronta que la noción de represión y del retorno de lo reprimido, se erigen en nociones centrales para la aprehensión de lo esencial de

⁶ Freud, S. (1913 [1912-13]). *Tótem y tabú*, op. cit., p. 111.

⁷ Freud, S. (1925 [1924]). “Presentación autobiográfica”, op. cit., p. 63.

esa narración. Estas hipótesis, evidentemente relevantes para el texto de 1913, son también las consideradas para las ideas que Freud esgrime respecto de la substancia de verdad de la religión en el texto de Moisés⁸.

La memoria inconsciente inscribe como trazo negativo lo heredado de la escena, haciendo de ella un reprimido estructural. El psiquismo puede de este modo ser considerado por registros de organización, por capas de funcionamiento que describen jerarquizaciones e inscripciones sobre un fondo fundamentalmente negativo.

La escena del asesinato se ve expuesta como el momento inicial y fundador del vínculo del bregar pulsional con el campo de la representación que la cultura fuerza de manera constante. Es así como la representación mediada pero también alienada por la cultura, hace del sexo, sexualidad. La variante represiva pero también sacrificial dada al sexo, instituye una represión primera que se anuda a la existencia de representaciones secundarias operantes en el registro de la escritura anímica. Es este mismo campo representativo ante todo negativo, el que la experiencia clínica del análisis encuentra en la función de la voz, del desamparo psíquico y de la escucha. La escena de los orígenes emplaza, ficcionalmente, el itinerario de la escritura metapsicológica, sus operaciones, sus dinámicas, sus estratificaciones y lugares.

El acontecer psíquico y la escritura que de éste organiza la vertiente metapsicológica, inscribe el saber en lo real de una escena que se desmorona en la posibilidad de su decir. El acontecer de la escena del asesinato, su realidad de acto, de evento, se torna en el motivo anterior de un decir que se anuda al goce de un saber de lo imposible (en el entendido de que el goce nunca actúa como causa sino como fin). Así se construyen para Freud las relaciones entre lo real, la verdad y el saber. Los alcances anímicos derivados de la escena no se colman en la ejecución factual del acto sangriento, su progresión en la memoria histórica nombra indudablemente la dimensión de la *transmisión*. Es por ello que los efectos de esta escena no deben ser considerados en el plano de un tiempo único, donde deberían ubicarse los fenómenos colectivos de la moral y la ética. Freud muestra como estos fenómenos se ven re-organizados según la lógica de los resabios

⁸ En particular, la segunda parte del texto, abarcando los puntos E, F, G, y H, respectivamente. Freud, S. (1939 [1934-38]). *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. XXIII (1937-1939), Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.

y los retoños que distribuye la memoria histórica. Es esta memoria histórica la que escribe el saber del escrito metapsicológico.

Pero gravita también en la evocación de esta escena, el dominio de uno de los mitos del padre, pieza angular de los fundamentos del psicoanálisis. El padre muerto de la horda confluye con el Moisés de Freud, en la forma que éste posee de mostrar el acceso a un real primitivo. La transmisión del padre de la horda, su deriva significativa, se anuda al tipo de transmisión que Moisés convoca para Freud; no permite como deducción, como ficción, un acceso a lo real primitivo, pero constituye la ficción que puede fijar ese real, deteniéndolo en un punto de origen.

Jacques Lacan trató de enfatizar la deriva singular que el texto de *Tótem y Tabú* abre para considerar los fundamentos mismos del psicoanálisis. Gran parte de sus comentarios sobre la obra de 1912-1913, se organizan acorde al propósito mayor de comprender el tipo de conformación escritural que Freud concede para realizar una lectura referida al padre. El tipo de escritura que yacería en Freud a propósito del padre, es para Lacan, el acto que constituye una ficción (*fictio-fingere*) en la elaboración necesariamente elidida de lo que es imposible de escribir: lo *Urverdräng*. El asesinato del padre se traduce en su acción, como el acto que funda las relaciones entre lo real y el saber. Pero si la recuperación de este evento se realiza por la vía que abre el mito, se trata de un lugar imposible de reconocer, conformando para Lacan un “agujero” en el orden del saber. Existe de este modo, un *tempo* singular en la organización psíquica de la civilización, pues si ésta es pensada a partir del mito, su dilucidación se vuelve épica (*ἐπικός*).

Como acción primera de una verdad que el saber transmite en la historia, la transmisión de esta escena puede obrar en razón de recuerdos, de jirones, de fragmentos y retazos, dando lugar a un saber ordenado por la función de la represión. Empero, sus otros rostros pueden ser los de la preclusión de los recuerdos o la desmentida de sus alcances. Son estos mecanismos de defensa los que transmiten el asesinato al modo de un saber, que siendo entonces interiorizado al interior de un relato, se torna en recuerdo si el asesinato es reprimido. Puede observarse que la escritura del asesinato que Freud realiza, concede a Lacan la posibilidad de nombrarla por la vía del acto. En ese acto se funda el saber inconsciente y en consecuencia, el sujeto.

Por el carácter de sus alcances, la lectura de Lacan se articula a partir de una doble

dimensión, conformada por aspectos espaciales y temporales. La lectura del asesinato fratricida, inclina a la consideración de un momento espacial bien deslindado, donador de las posibilidades efectivas del símbolo y del trabajo del significante. El significante nombra a la comunidad, a sus motivos y fundamentos, aun si este ejercicio de simbolización se establece desde la imposibilidad transitiva de lo real como causa.

Supuesta a partir de la deriva espacial que abre el asesinato como variable fundadora de la habitación fraterna y colectiva, la deriva temporal solo puede ser comprendida de manera posterior; “hace falta tiempo para producir la huella de lo que en un comienzo no se ha revelado”⁹. El tiempo se erige de este modo en un elemento necesario para que el saber ignorado del comienzo se transforme en relato y pueda de este modo ser transmisible.

La constante espacial y temporal que la evocación de este acto evidencia en la explicación de los orígenes y los fundamentos de la cultura, también ha sido motivo de inspiración del comentario de diversos antropólogos. Ya sea para desamparar esta escena de las motivaciones propias de la disciplina antropológica en su modo de explicar el problema de los orígenes, o para comentar los aspectos aun valederos de su esfuerzo. Para Malinowski,¹⁰ la teoría de Freud siempre fue enfrentada con un tono de admiración, aun si le objetara que muchas de sus consideraciones se encontraban fuertemente ancladas en representaciones espaciales del mundo occidental. Lo anterior, supondría la privación de explorar otras figuras posibles de la organización psíquica. La imagen del padre y su rol represivo para la organización psíquica temprana del niño, fue supuesta por Malinowski al interior de estas consideraciones, al teorizar sobre los motivos hostiles que estructuran las relaciones entre Ego y el hermano de la madre (tío uterino). Alfred Kroeber dirigió a estos enunciados freudianos fuertes críticas, todas ellas organizadas en la dirección de destacar las elaboraciones poco consistentes de Freud al momento de apropiarse de las referencias antropológicas de su momento.¹¹ En esta misma perspectiva pueden encontrarse los análisis críticos de Freeman para pensar el espacio de la habitación cultural.¹²

⁹ Lacan, J. (1970). *Radiophonie*, in *Scilicet* 2/3, Paris, Seuil, 1985. p. 80.

¹⁰ Malinowski, B. (2008). *La paternité dans la psychologie primitive*, Paris, À l'écluse d'aval, 2008.

¹¹ Kroeber, A. (1920). “Totem and taboo, an ethnological psychoanalysis”, *American anthropologist*, Vol. 22, 1920.

¹² Freeman, D. (1976). “Totem et Tabou: une nouvelle évaluation”, en W. Muensterberger (dir.), *L'anthropologie psychanalytique depuis "Totem et Tabou"*, Paris, Payot, 1976, pp. 57-82.

Ya sea para el psicoanálisis o para la antropología, la deriva interrogativa relativa a los fundamentos de la cultura moviliza constantemente supuestos espaciales y temporales. La serie de oposiciones entre lo humano y lo no humano, entre la naturaleza y la cultura, suponen de manera permanente la consideración de estos supuestos.

I. La serie espacial

Entendida la cultura como una territorialidad relativamente ideal que define el espacio de habitación de una comunidad humana, su aspecto ideal la aproxima a una idea de espacio que define identidades y diferencias. Aventurarse en la tarea de considerar sus fundamentos, remite también a las condiciones ideales de los motivos de su existencia. Tanto en la historia de sus desarrollos como en la actualidad de sus hallazgos, la antropología ha consagrado un esfuerzo permanente de comprensión para las dinámicas que operan al interior del espacio llamado cultural.

La expresión “fundamentos de la cultura”, delimita una realidad que no explicita un contexto relativamente estable una vez que ella es analizada al interior de las ideas que la propia disciplina antropológica ha podido producir. Frente a la interrogante de por qué considerar la expresión de la sexualidad como uno de los elementos sobresalientes en el conocimiento de los orígenes de la cultura, se puede mencionar que tanto Freud como Lévi-Strauss intentaron dar con respuestas esclarecedoras. Las prohibiciones que recaen sobre los usos indebidos de la sexualidad no pueden emanar por la acción y el ejercicio de entidades simplemente artificiales. Lévi-Strauss consideró el ejercicio de estas prohibiciones como la expresión de una ley que actúa sobre un fondo ante todo natural e instintivo. La función sexual sería, de este modo, la expresión de la naturaleza “superándose a sí misma”. Se trata para Lévi-Strauss de conductas naturales que requieren para el establecimiento de su satisfacción de la presencia del semejante. Semejante que inclina a la emergencia del reconocimiento del otro como forma de reducción de las tensiones y las diferencias abiertas entre un yo y un otro.

Para Freud, la suposición de conductas instintivas en lo que respecta a la sexualidad humana, delimita un hilo de suposiciones diferentes, situadas a partir de otras variables de análisis. La noción de pulsión, de vida pulsional, se nutre de consideraciones ubicadas en las antípodas de los desarrollos de la antropología de Lévi-Strauss. Es el carácter de esta sexualidad pulsional el que impide la aceptación de los enunciados an-

tropológicos que hacen recaer el contexto abierto por la cultura y el estado de derecho, en la suposición de una condición segunda abierta por el tránsito de la naturaleza a la cultura. Los textos freudianos escritos en referencia a los problemas abiertos por la cultura, se inician todos ellos en la consideración de tendencias que al no ser naturales, ejercen las mayores dificultades para la organización cultural. Distintos son los tiempos para explicar los principios de la cultura en la obra Lévi-Strauss. Sus ideas expresan desarrollos dispares que se sitúan desde las tempranas elaboraciones de *Las estructuras elementales del parentesco*¹³ hasta las póstumas reflexiones relativas a las *amebas*¹⁴. Inicialmente, estos principios obedecen al surgir de la función simbólica en el hombre, a su capacidad de expresión hablada, la cual permitió de manera posterior la función del intercambio. Más tarde, emerge una lectura de tono evolucionista, al considerar el curso de las transformaciones de la civilización como el resultado de fenómenos de naturaleza cerebral. Aun así, se mantiene en su visión lo esencial del fenómeno del intercambio, y su relevancia para explicitar la emergencia de la cultura. Empero, esta lectura no considera que ciertos objetos no sean del todo intercambiables, permaneciendo por fuera del circuito del intercambio. Lecturas posteriores al interior de la antropología han observado el aspecto relativamente ciego que Lévi-Strauss mantuvo con estos objetos no alienables¹⁵.

El que ciertos objetos no sean intercambiables, alienables (comerciables, vendibles), brinda la posibilidad de que otros transiten por el circuito del intercambio. Es de este modo como Freud considera la presencia de la vida pulsional al interior de las lógicas culturales. No todo en ella es alienable, intercambiable, pero como un aspecto negativo del comercio y del intercambio, permite la acción transitiva que la cultura esfuerza para la coherencia de sus formaciones. La opacidad que la función sexual en el hombre ejerce para la vida cultural, queda claramente delimitada por Freud al hablar de las miserias y malestares que esta función deja traslucir para considerar la habitación cultural moderna. Para estos postulados, el fundamento de la lógica social es de este modo un fundamento negativo, no integrable de manera positiva en las funciones sociales que supone el orden cultural.

¹³ Lévi-Strauss, C. (2002). *Les structures élémentaires de la parenté*, Paris, Mouton de Gruyter, 2002.

¹⁴ Lévi-Strauss, C. (2001). "Apologue des amibes", in J. L. Jamard (dir.), *En substances*, Paris, Fayard, 2001, pp. 493-496.

¹⁵ M. Godelier ha establecido una reflexión importante sobre este punto, insistiendo sobre la relevancia de los objetos que no participan del circuito del intercambio. Cf. Godelier, M. (2004). *Métamorphoses de la parenté*, Paris, Fayard, 2004.

Para Freud, la habitación cultural trabaja acorde a este supuesto de naturaleza negativa, para de ese modo brindar una idea de la acción que las normas sociales cumplen en la delimitación cultural de la sexualidad. Que la sexualidad humana exprese en sus fundamentos un carácter negativo, no alienable, contribuye al ejercicio de figuración simbólica que las acciones normativas propiciadas por la cultura intentan adentrar en distintos planos de la vida humana. La no existencia de un orden anterior para la sexualidad del hombre, su ausencia de fundamentos, fuerza a la instauración de regulaciones posteriores, volviéndolas en consecuencia, mudables y arbitrarias. Esta es indudablemente para Freud, la violencia que ejerce la condición pulsional para pensar la preservación de la cultura.

Al mismo tiempo, es en este punto donde se ubican para el psicoanálisis, los imposibles de la habitación espacial; su problema es sin duda, el de las normas. Así lo expresa Freud en 1927 al momento de dar cuenta de una definición de la cultura:

La cultura humana –me refiero a todo aquello en lo cual la vida humana se ha elevado por encima de sus condiciones animales y se distingue de la vida animal (y omito diferenciar entre cultura y civilización)– muestra al observador, según es notorio, dos aspectos. Por un lado, abarca todo el saber y poder hacer que los hombres han adquirido para gobernar las fuerzas de la naturaleza y arrancarles bienes que satisfagan sus necesidades, por otro, comprende todas las normas necesarias para regular los vínculos recíprocos entre los hombres y, en particular, la distribución de los bienes asequibles.¹⁶

El dilema que abre este tipo de habitación humana no es precisamente el que genera el dominio de la naturaleza y la extracción de sus bienes, pues los grandes problemas son aquellos que se organizan en el plano de las normas que deben regular la distribución de esos bienes. Al indicar que este régimen de habitación es en parte un régimen de delimitación, de demarcación, un lugar donde se despliega la vida humana, se cumple no solo con indicar lo que ella mantiene de más específico para circunscribir esa vida, pues también se define lo que ella deja de ser en lo que nombra como propio. La puntualización referida a la inconformidad respecto de las normas que regulan el acceso a los bienes adquiridos (siendo uno de esos bienes la mujer), no

¹⁶ Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas Sigmund Freud*, Vol. XXI (1927-1931), Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986, p. 6.

recala en la producción de los bienes de existencia, sino en la distribución que estos bienes reciben y en cómo esta distribución es insertada en los medios que lidian con la reproducción de la cultura. Se trata de las condiciones que deben florecer para dar permanencia a una organización comunitaria que se establece conforme a condiciones de habitación superiores a las del estado de naturaleza. Freud siempre repara en que es en estas condiciones culturales que la vida humana se desarrolla, y que es al interior de esta comunidad donde se esgrimen los baluartes que establecen la preservación de los motivos culturales. Es indudable que este espacio psíquico-cultural compele a la consideración de las formaciones religiosas, éticas y morales que inscriben la civilización humana en el curso de la historia. Aspecto que Freud no duda en desprender de las consecuencias engendradas por el asesinato del líder de la horda.

Considerando la idea de un desamparo psíquico originario en el hombre, resabio igualmente atribuible a las condiciones anímicas abiertas por la muerte del padre mítico, el espacio de la habitación colectiva se organiza acorde a un tipo de enunciado que resalta nuevamente la veta negativa de la subjetivación de las colectividades. Es de aquello que no puede “conjurarse” del acto primero del asesinato, que los motivos morales son comprendidos, ubicando el acontecer histórico de la moral y de la ética, a partir de las acciones de expiación que se tornan necesarias. La hipótesis del desamparo humano que Freud muestra como el motivo central de la fuerza de las representaciones religiosas, del sometimiento de las masas a la presencia de líderes totalitarios, son entre otros ejemplos, la determinación de Freud para entender la ética en una vinculación con lo real antes que con la idealidad de un supremo bien.

...cosa curiosa para un pensamiento sumario que consideraría que toda exploración de la ética debe recaer sobre el dominio de lo ideal, si no de lo irreal, nosotros iremos por el contrario a la inversa, en el sentido de una profundización de la noción de lo real. La cuestión ética en la medida en que la posición de Freud nos permite avanzar en ella, se articula a partir de una orientación de la ubicación del hombre en relación con lo real.¹⁷

Existe empero un ritmo interno a esta delimitación espacial, por cuanto la idea del

¹⁷ «... chose curieuse pour une pensée sommaire que penserait que toute exploration de l'éthique doit se porter sur le domaine de l'idéal, sino de l'irréel, nous irons au contraire, à l'inverse, dans le sens d'un approfondissement de la notion du réel. La question éthique, pour autant que la position de Freud nous y fait faire un progrès, s'articule d'une orientation du repérage de l'homme par rapport au réel». Lacan, J. (1963). *Le séminaire, livre VII, L'éthique de la psychanalyse*, Paris, Seuil, 1986, pp. 20-21. [La traducción es nuestra].

desamparo humano es ininteligible si no es considerada acorde al acontecer de ciertos tránsitos. El desamparo psíquico-cultural opera desde las tempranas adherencias a las series filiales nucleares, abarcando procesos identificatorios tempranos (la identificación primera al padre), así como la emergencia de los objetos sexuales a los cuales se adosa la pulsión. Las series filiales pueden de este modo constituirse para el yo en sujetos de identificación o en objetos de catexis libidinales.

De manera posterior, son estas formaciones de adherencia las que se tornan en formaciones anímicas “degradadas”, como será el caso del súper-yo y su integración en la organización de los dinamismos de la vida psíquica. Puede observarse que las posteriores adhesiones que un individuo hace efectivas a las dimensiones culturales que operan en un radio distinto de las reglamentaciones del parentesco, requieren de la instauración de estos motivos tempranos. Estas adhesiones, suponen la existencia permanente de las adherencias tempranas para establecer un trabajo de re-organización del desamparo inicial. Una parte importante del trabajo que se organiza entre las adherencias y las adhesiones, es el que permite comprender los fenómenos de la obediencia, de la dominación, de la sumisión y del duelo. Gran parte de esta parcela de análisis Freud la recoge en su presentación del valor de las representaciones religiosas, las cuales son presentadas en 1927, como el motivo del desprecio por los verdaderos valores de la vida.

Una dirección explícita que puede tomar la organización espacial de la cultura (en la admisión de las hipótesis sobre la adherencia y la adhesión), es transitar en la dirección de las ilusiones, situación esta última, que tan nítidamente se ve expuesta por las representaciones religiosas al interior de la comunidad. Freud ve actuar allí una de las formas que toma la figura de la dominación y la sumisión, siempre admitiendo que el espacio de esa dominación conduce el desamparo del hombre a sus orígenes. A motivos “extra-espaciales” que nuevamente retornan a la escena violenta y rapaz del asesinato del líder de la horda.

Otra de las vías de delimitación de ese espacio, es sin duda la que se centra en la noción de *ratio*, en la cual Freud solo observa una operación de duelo del desamparo inicial. La operación de duelo a la cual debe fijarse el pensar en su faz simbólica, es una experiencia de tramitación del desamparo que conduce a que el pensamiento se vuelque sobre sí-mismo. El fundamento negativo de la comunidad, movilizador en parte de este desamparo, no obra en consecuencia en la dirección de las ilusiones y

de los sometimientos a doctrinas preestablecidas. El duelo del pensar, vuelca sobre sí, el fundamento negativo, haciéndolo esta vez, motivo de acciones picturales y fictivas. Dios devolviendo la muerte, devolviendo el símbolo al hombre.

De este modo, la operación espacial de la comunidad humana solo puede transitar acorde a estas dos direcciones: o bien, la vía del sometimiento y de la dominación anclada en las ilusiones; o bien, la consideración de un desamparo que es condición de apertura a la tarea de pensar la comunidad desde sus fundamentos, aun si este estado reflexivo avanza en la progresión de una dinámica fuertemente negativa como es la de suponerla desamparada de todo tipo de doctrinas previamente establecidas.

La comunidad se ve de esta manera necesitada de admitir la abolición de toda estructura doctrinaria que se ve encaminada a envolver en estructuras de orden y sujetación el desamparo inicial del hombre. La situación de quiebre de estos saberes preestablecidos, conduce a un desamparo ubicable no solamente en la dimensión de la intimidación psíquica del hombre, por cuanto este mismo desamparo conduce a observar los fundamentos negativos de la habitación cultural. Por ello las normas son la expresión de esta negatividad, por el resto que la operación del duelo del pensar cierne sobre una condición indeterminada.

Este duelo del pensar que se abre a partir de la noción de desamparo, es el que conduce al problema de la preservación en el tiempo de los motivos y principios que organizan la habitación social.

II. La serie temporal

Las interrogaciones relativas a la deriva temporal abierta por la evocación del asesinato del padre, son la consecuencia y la extensión de la primera deriva, llamada serie espacial. El tipo de *tempo* que expresa la evocación del asesinato del líder de la horda, compromete una idea de temporalidad exclusivamente progrediente, como es aquella que delimita las condiciones de existencia de la comunidad humana en un *topos* que solo vierte en alcances para el presente y el futuro de la civilización. Freud opera acorde a una lógica general que pretende deslindar el sentido de las construcciones culturales inaugurado por la prohibición del incesto, avanzando en la dirección de los lazos de alianza y de intercambio. Se deja de este modo una escasa elaboración para lo que

subyace adosado a la idea de filiación y los lazos consanguíneos. Todo lo relativo al último de estos universos, constituiría lo próximo a lo natural, la oposición del poder de la sangre sobre lo colectivo. Freud sella de este modo una operación antinómica a los efectos de la disminución de la tensión generada entre un yo y otro, por cuanto este tipo de relaciones y lazos, se convierten en los signo de la negación del intercambio.

Freud no considera que al interior de este tipo de lazos, sea factible hallar un universo de relaciones, lo supone siempre como la manifestación de tendencias anticulturales. Sin embargo, en estos lazos de filiación y descendencia, se ven reflejadas importantes dimensiones cósmicas, sociales y religiosas que en mucho desbordan el solo plano de una sexualidad vinculada a un quehacer de carácter endogámico. En ellos se delinea una definición de la vida humana que articula la existencia a aspectos religiosos, económicos, sociales y sexuales. Los vínculos de filiación y descendencia expresan series culturales tan relevantes como las expresadas por los lazos de alianza. Ser de la misma sangre del padre o de la madre, es un fenómeno que define condiciones culturales específicas. En lo relativo a los lazos de filiación y descendencia, la gestación de un nuevo ser puede conducir culturalmente a que esta nueva vida se considere hecha de los mismos huesos del padre o de la misma sangre de la madre, pudiendo prescindir de los aportes de alguno de los dos genitores. En la descendencia, yacen procedimientos de nominación sexual, social y religiosa que destacan una variada y compleja red de fenómenos culturales de fuerte incidencia sobre las apropiaciones corporales de los nuevos miembros de una comunidad.

Aun si la progresión temporal de la cultura es vista por Freud como la capacidad que ésta posee para realizar por medios humanos su propia reproducción y transmisión, las relaciones de alianza que esta progresión supone son abordadas desde un punto de análisis en extremo general. Su análisis no profundiza en los distintos tipos de alianza e intercambio (restringido, generalizado, prescriptivo, preferencial, y cíclico). Menos aun en las formas de la descendencia y la filiación (unilineales, bilineales, indiferenciadas).

Al mismo tiempo, en lo referido a la prohibición del incesto y su alcance para pensar las relaciones de alianza y reciprocidad, las hipótesis freudianas se movilizan por momentos acorde a un *tempo* puramente interno, que no destaca en profundidad

el principio de la reciprocidad social, entendiéndolo casi como un mecanismo de defensa de la identidad propia concebido en términos sexuales¹⁸.

En el plano de la serie temporal de la habitación cultural, el asesinato del líder tiránico cumple con realizar la emergencia de la comunidad fraterna, la prohibición del goce sexual con las mujeres del grupo, asentando las leyes de la exogamia y de la prohibición del ejercicio sexual con los objetos que se encuentran al interior del grupo. Exigida por la prohibición del incesto, la exogamia instaura un espacio que es delimitado en los intervalos creados por el horror de lo demasiado idéntico (incesto con los miembros del grupo) y lo diferente (necrofilia, zoofilia). De esta tesis, Freud ve florecer las leyes que posteriormente instaura el totemismo, siendo al mismo tiempo las leyes que el psicoanálisis observa en el motivo de las futuras tensiones edípicas.

Esta “imagnarización” del origen de las formaciones culturales por medio del asesinato del líder tiránico, devenido de manera posterior en padre, y accediendo en consecuencia a su estatuto mítico, cumple con dar cabida de manera posterior al orden de la familia nuclear, distinguiendo la serie de las relaciones entre los miembros de la familia de manera concreta pero también ideal. Empero, Freud solo considera los aspectos que se entrecruzan en el dominio de un incesto generalizado, aquel que considera la presencia de las relaciones de Ego con su madre y sus hermanas. Para los textos producidos en estos años, permanece un problema importante que no es tratado de manera directa por Freud como es el incesto de segundo tipo. Tipo de incesto central para la consideración de toda la deriva patronímica que reúne al yo del parentesco con el yo pronominal. La deriva de este tipo de incesto no “carnal”, permite la comprensión de una serie de alteraciones que imposibilitan la inscripción patronímica, determinado por distintos tipos de desórdenes. Estas relaciones de segundo tipo, son aquellas que conducen a que Ego pueda establecer su posición al interior de las relaciones que se establecen entre él y la madre de su madre, así como la posición que en términos filiales establece con el padre de su padre.

El hecho que un individuo pueda nombrarse a partir de un pronombre que lo nombra, implica la interiorización de la serie de estas distinciones. Puede verse actuar a estas distinciones que asignan un lugar a Ego en el tipo de identificación fundante

¹⁸ Un análisis interesante de estas hipótesis puede ser encontrado en el libro de Alain Delrieux (1999). *Lévi-Strauss lecteur de Freud*, Paris, Anthropos, 1999.

e ideal que Freud trabaja en 1921, cuando es asunto determinar el carácter de estas identificaciones de manera previa al Edipo.

Supuesta la conjetura freudiana del asesinato del padre en el ámbito de las satisfacciones indebidas de la sexualidad, esta figuración avanza en la dirección de inscribir la faceta de la historia humana en un ejercicio episódico que insiste en su no escritura, para dar cabida a la inscripción del hombre al interior de una serie temporal llamada historia.

Es en este punto donde Freud escribe algo distinto, pues la reedición de los motivos del conflicto, conducen a observar que lo más específico del hombre no es solo su habitación cultural. También es cuestión considerar el acto de creación que implica la producción misma de la cultura, que debe bregar permanentemente sobre impulsos que operan en una dirección contraria a ella. La tesis de la vida pulsional que ampara la “imagnarización” del crimen y del asesinato del padre, recrea la tendencia acéfala de la pulsión y en consecuencia del deseo del hombre. Por ello la escena conecta el crimen a la ley, pues contravinando las tesis de Westermarck¹⁹ relativas al distanciamiento natural de la conducta sexual entre consanguíneos, Freud evidencia que el bregar pulsional va en la dirección de los primeros objetos de cuidado.

Tomada la serie temporal al interior del curso de la historia abierta por el hombre, Freud realiza un deslizamiento ejemplar. En contraposición al pensar antropológico, la historia se escribe sobre un bregar que en gran parte no es transitivo. La sexualidad humana no es una ofrenda oblativa que cada individuo tomado aisladamente debe realizar frente a la comunidad, yace en ella un margen imposible de ser subsumido. Esta lógica del no-todo es la que opera en la reproducción de la cultura, en la reproducción social del sexo hecho sexualidad. Esta es la máxima de todo el itinerario temporal que abre la escena del asesinato de un líder convertido en padre, la serie temporal debe esforzarse por inscribir el sexo al interior del espacio social para ser tomado como sexualidad. La prohibición del incesto entendida a partir de la imagen del asesinato, expresa antes que algo prohibitivo, una prescripción relativa a cómo el sexo debe ser utilizado al interior de la sociedad.

¹⁹ Westermarck, E. (1891). *The history of human marriage*, London, 1891.

III. La serie espacio-tiempo en el núcleo de la verdad histórica del padre

El núcleo de verdad histórica que este episodio evoca o la herencia arcaica que él trasmite para los sentidos de la humanidad, centra como fuera mencionado, la fundación de las comunidades, de las religiones, de las neurosis y de los delirios. Sin embargo, es preciso diferenciar los ámbitos de su acción como figura inicial, como escena, como imaginarización de los orígenes, como conjetura histórica. Este evento “histórico-conjetural” sella antes que nada las condiciones espaciales y temporales de la habitación cultural, como si por fuera del padre nada existiera. La dinámica anímica que pone en acción la escena violenta de los orígenes, se erige de este modo en la condición de un reprimido primordial actuante por el intermedio de jirones y retazos observables en la periodicidad de las formaciones culturales que se inscriben en el curso de la historia. El modelo presta indudablemente la congruencia histórica necesaria para establecer la continuidad exigida entre la filogénesis y la ontogénesis. La situación de fuerza generada por la suposición de la horda primordial, es el motivo que centra las condiciones de la conflictiva edípica, forzando entre otras cosas a la alianza y a la circularidad de los bienes.

Esta hipótesis no solo transparenta el lugar de la mujer como un valor de intercambio en el contexto de las relaciones de alianza, pues también otorga un sentido para pensar las relaciones de filiación; en ellas también se vuelve imperativo determinar el tipo de intercambios y relaciones que le permiten a Ego reconocer su lugar en las relaciones entre generaciones. Yace en este punto el problema del incesto de segundo tipo, cuestión no abordada por Freud y por Lévi-Strauss pero sí considerada por Françoise Héritier.²⁰ El sueño de la humanidad como Lévi-Strauss lo califica, extiende en la idea del padre hecho mito, la posibilidad de la inscripción en una serie patronímica, punto donde la acción pronominal del yo concuerda con el yo del parentesco. Las leyes del incesto avanzan en la dirección de mostrar que la asunción del yo como figura pronominal implica la incorporación de la variante sacrificial, realidad actuante sobre el nódulo operable de esta *ipseidad* aparente.

Puede observarse de la reunión de las series espacio-temporales abiertas por la evocación del asesinato, una serie de alcances que laboran en el sentido de la habitación y la creación cultural. Aun si los hallazgos más contemporáneos de la etología eviden-

²⁰ Héritier, F. (1993). *Les deux sœurs et leur mère: anthropologie de l'inceste*, Paris, Odile Jacob, 1993.

cion que los antepasados del hombre siempre vivieron en sociedad, contraviniendo las elaboraciones freudianas,²¹ las tesis de Freud son fértiles del punto de vista de lo que transmiten respecto de la sexualidad humana. El sacrificio de la sexualidad es un elemento necesario de considerar para la habitación cultural, de esa vertiente es de donde las reglamentaciones del parentesco extraen la mayor parte de sus enunciados. Ubicar en los orígenes de las formaciones culturales a la función del sexo, es entenderla en lo que ella hace gravitar para el desarrollo de la sociedad.

Las ideas freudianas poco dicen acerca de la sexualidad, ellas refieren al rol del sexo en las sociedades y a lo que estas formaciones societales realizan culturalmente con sus alcances. Es la sociedad la que hace del sexo sexualidad, convirtiéndolo de este modo en una dimensión susceptible de establecer enunciados de diversa índole. Su modo de trabajo se articula en los cuerpos, alienando a éstos últimos a determinados tipos de discurso, los convierte en cuerpos ventrículos, transmisores de lo que la sociedad requiere transmitir en razón de exigencias útiles a sus fines. Es esto lo que la deriva freudiana enuncia en sus imaginarizaciones del origen, el sexo al origen de la civilización como un colofón no del todo subjetivable, desde donde operan las acciones de subjetivación que intentan ser establecidas para hacer del sexo sexualidad transmisible. Las acciones de transformación sobre el sexo brindan a la cultura la posibilidad de instituir un espacio de habitación, pero también la posibilidad de inscribir estas transformaciones en una deriva temporal transmisible entre las generaciones.

No se trata en rigor de la imaginarización de una escena originaria, del padre o sus nombres. Freud intenta detener en un punto lo que el hombre hace con el sexo, real inamovible que empero permite el tránsito de las significaciones y el establecimiento de los espacios necesarios para dicha transmisión. En el origen y los fundamentos de la cultura, es el sacrificio lo que se encuentra. El sacrificio de un imposible no del todo simbolizable como es el sexo, nunca convertible en figura social alguna. Este tipo de encrucijada que abre el sexo para pensar la organización de la cultura y sus supuestos ideales del origen, ubican todo enunciado colectivo en el marco de hipótesis siempre negativas. Lo que es simbolizable en términos de la habitación y la producción cultural, lo es en razón de un tipo de desamparo que divide al hombre en una operación

²¹ Cf., Mehlman, P. (1988). "L'évolution des soins paternels chez les primates et les hominidés", in *Anthropologie et sociétés*, Vol. 12, n° 3, 1988, pp. 131-149. Y también, Bixler, R. H. (1981). "Primate mother-son incest", in *Psychological Reports*, Vol. 48, 1981, pp. 531-536.

sacrificial imposible, como es aquella que se anuda entre el sexo y la sexualidad. No todo opera para el psicoanálisis en el dominio de los tránsitos que pueden establecerse entre lo considerado humano y no humano, entre la naturaleza y el orden cultural y del derecho. El lazo social anida la función transitiva imposible del sexo, aun si es en él que las formaciones discursivas extraen el campo de sus determinaciones espaciales y temporales. El sexo y el deseo que es su expresión, es una dimensión necesaria a los efectos de las derivas reproductivas de la sexualidad en la civilización.

Poco dice la sexualidad y sus discursos acerca del sexo, sin embargo, éste permite una lectura acerca de la deriva metapsicológica subyacente en la evocación del asesinato del padre de *Tótem y tabú*, como respecto de los fundamentos que el psicoanálisis brinda para entender el mito del padre. Lo que el padre nombra es la función sacrificial de la sexualidad humana.